

¿Por qué torturaron hasta la muerte al normalista Julio César Mondragón Fontes?

Sayuri Herrera Román*

La tortura ha tomado tales proporciones, que se ha convertido ya en un instrumento de gobierno, uno que no debemos ignorar. Las técnicas de tortura son enseñadas y mecanizadas, y se exportan de un país a otro. Hay un aprendizaje de la tortura, un entrenamiento en ello, y los “expertos” van ofreciendo sus servicios de “capacitación”, yendo de un gobierno opresor a otro. La tortura generalizada es, evidentemente, un asunto político y económico, no solamente psicológico; no es una patología que presentan algunos individuos. Los mexicanos se encuentran indefensos ante poderes arbitrarios y opresores, como son la delincuencia organizada, la policía, el ejército y la burocracia; es decir, son vulnerables frente al propio Estado. Esto es, desde ya, una tortura incipiente instituida. Para Julio César no hubo compasión, pero habrá justicia. Con su muerte, se pretendió aterrorizar a la comunidad, inmovilizarla, disuadir la protesta y fortalecer el control social del Estado mexicano sobre la disidencia y el pueblo en general. No lo permitamos.

*Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: “¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!”
“Masa”, César Vallejo*

*Veo correr noches, morir los días, agonizar las tardes
Morirse todo de terror y de angustia.
Porque ha vuelto a correr la sangre de los buenos
y las cárceles y las prisiones militares son para ellos.
Porque la sombra de los malignos es espesa y amarga
y hay miedo en los ojos y nadie habla
y nadie escribe y nadie quiere saber nada de nada,
porque el plomo de la mentira cae, hirviendo,
sobre el cuerpo del pueblo persignado.
Porque hay engaño y miseria
y el territorio es un áspero edén de muerte cuartelaria.
¡MI PAIS, OH MI PAIS!*

Efraín Huerta

El mensaje

Julio César Mondragón Fontes, estudiante de la Normal rural de Ayotzinapa, perdió la vida en la masacre de

Iguala. Nunca fue entregado a grupo delictivo alguno, como supuestamente ocurrió con sus 43 compañeros, desaparecidos hasta hoy. Fue detenido, torturado y ejecutado allí mismo por la policía municipal. El cuerpo no fue ocultado sino expuesto, abandonado en una calle de Iguala, arrancado el rostro, extraídos los ojos. Pronto

esta imagen comenzó a circular en las redes sociales; alguien —no sabemos quién— le tomó una fotografía que pronto se hizo pública. El mensaje fue enviado.

Es importante recuperar las significaciones inscritas en el cuerpo de Julio César, pues constituyen un mensaje que se ocuparon de allegar-

* Abogada en el Centro de Derechos Humanos “Fray Francisco de Vitoria O.P.”, A.C.

nos desde que le arrancaron la vida. Esa forma de matar y la técnica utilizada no se practicaron y planificaron para ocultarlas. Es la razón por la que abandonaron el cuerpo y lo exhibieron: así fue desde que tomaron la fotografía y la reprodujeron.

Los torturadores

La tortura ha tomado tales proporciones, que se ha convertido ya en un instrumento de gobierno, uno que no debemos ignorar. Las técnicas de tortura son enseñadas y mecanizadas, y se exportan de un país a otro. Hay un aprendizaje de la tortura, un entrenamiento en ello, y los “expertos” van ofreciendo sus servicios de “capacitación”, yendo de un gobierno opresor a otro. La tortura generalizada es, evidentemente, un asunto político y económico, no solamente psicológico; no es una patología que presentan algunos individuos.

El psicoanalista Raúl Páramo Ortega, en el artículo “Tortura, antípoda de la compasión” nos ofrece valiosas claves para comprender la magnitud de la tragedia a la que nos enfrentamos, así como fundamentos para señalar la responsabilidad del Estado mexicano por practicar la tortura y además generar, en distintos niveles y dimensiones, condiciones favorables para la masificación de esta práctica. Páramo comenta:

Las explicaciones a nivel de psicopatología individual siguen fracasando al querer caracterizar la personalidad del torturador. Ninguna explicación individual basta porque en realidad la personalidad del torturador corresponde a un tipo determinado de *sociedad* con la que se confunde (...) si algo tiene ese tipo de personalidad es precisamente no ser a-social, sino producto neto de un tipo de sociedad.

La comunidad que crea condiciones propicias para la tortura es aquella educada para la competencia, el egoísmo, la obediencia ciega, el autoritarismo y la violencia. Todas esas características las encontramos en el México de hoy.

Por otro lado, Páramo señala que “El presupuesto fundamental, el núcleo central para que la tortura sea tortura, es que el otro esté a mi merced. La disponibilidad —ciertamente forzada— del otro es condición previa para la tortura. En la medida en que se dé la situación de impotencia total, estará dada la invitación/seducción a cierto grado de tortura”. Los mexicanos se encuentran indefensos ante poderes arbitrarios y opresores, como son la delincuencia

organizada, la policía, el ejército y la burocracia; es decir, son vulnerables frente al propio Estado. Esto es, desde ya, una tortura incipiente instituida, nos dice Páramo. La arbitrariedad de las autoridades, el abuso de poder, el desprecio por los derechos y la dignidad de las personas por parte de los gobernantes es la antesala de la tortura; ésta es el abuso de poder llevado al extremo.

Con estas condiciones de vulnerabilidad que se manifestaron en Iguala, los torturadores enviaron su mensaje. De acuerdo con el artículo de Páramo, el torturador

pretende ante todo mostrar y mostrarse que es él, incuestionablemente, el más fuerte. Ése es su propósito fundamental, así sea enmascarado con pretextos racionalizadores del tipo de ‘lo hago para obtener información útil para el Estado’, ‘estoy obedeciendo’, ‘cumpló con mi deber’, ‘defiendo los valores de la civilización occidental’. La tortura requiere ideología. La práctica de la tortura no es otra cosa que la concreción más extrema del uso del poder. La tortura es la práctica por excelencia del poder total. Los torturadores son poderosos o no son torturadores.

Para Julio César no hubo compasión, pero habrá justicia. Con su muerte, se pretendió aterrorizar a la comunidad, inmovilizarla, disuadir la protesta y fortalecer el control social del Estado mexicano sobre la disidencia y el pueblo en general. No lo permitamos. Resignifiquemos este mensaje y a nuestro compañero como aliento para la defensa de los derechos humanos de todas y todos.

Los responsables

La tortura y ejecución extrajudicial de Julio César Mondragón Fontes es un crimen de lesa humanidad; uno que, por su naturaleza, la agravia a toda ella. Es un crimen de Estado; lo es en muchos sentidos: por la generación de condiciones sociales prevalentes para el ejercicio de la práctica y su impunidad, así como por la autoría intelectual, la realización y comisión del hecho. De esta manera, el deslinde de responsabilidades comprende desde la policía municipal, el alcalde de Iguala y su esposa, el gobernador del estado de Guerrero y el ejército, hasta el Poder Judicial de la Federación, el Congreso de la Unión y el Presidente de la República, Enrique Peña Nieto, quien es comandante general de las fuerzas armadas.

El gobierno, más que enfrentar a los cárteles, se ha coludido con ellos y silencia a las víctimas, los periodistas y los medios de comunicación. En México hay guerra, una

que el PRI pretendió ocultar cuando arribó al poder; una guerra que tiene el siguiente lema: “unidos unos contra otros para que acabemos con ellos”, idea que alguna vez prevaleció como estrategia de Estado en El Salvador. Es un terrorismo represivo de contrainsurgencia. Los cárteles y el gobierno, junto con los partidos políticos –PRI, PAN y PRD– están “unidos unos contra otros” para acabar con el pueblo.

El amor

La imagen impactante que circulaba en redes sociales pronto llegó a los ojos de Marisa, esposa de Julio y madre de su hija, Melisa Sayuri, de apenas tres meses de edad. Marisa y el tío Guillermo Fontes viajaron a Iguala a reconocer y recoger el cuerpo destrozado, herido y mancillado del estudiante de 22 años que murió deseando ser maestro. El médico forense y otros burócratas explicaron: “fue desollado vivo”. La aseveración se corrobora, entre otras cosas, por la forma en que sus restos mantienen los dientes y mandíbula apretados. El dolor debió ser inimaginable.

Fue pronto y discreto el regreso de Iguala. Ya en casa, la familia organizó el entierro y el novenario para Julio; el levantamiento de cruz se realizó el 9 de octubre. Los amigos y familiares que le conocen bien aseguran que Julio era valiente, entregado, decidido; no dudan que, cuerpo a cuerpo, hubiese salido adelante en una lucha, “¡pero así, armados y en bola, lo despedazaron!”.

“¿Quién torturó hasta la muerte a Julio César? ¿Quién lo mató?”, preguntaba Marisa, con lágrimas en los ojos, a Enrique

Peña Nieto en la reunión sostenida el martes 28 de octubre pasado. El Presidente, ante el reclamo, no dio respuesta.

Memoria, verdad, justicia

Los días siguientes al novenario de Julio, Marisa recibió en su casa la visita imprevista de personal del gobierno de Guerrero, para “reparar el daño”. Se ocuparon de entregarle un cheque por diez mil pesos. Ofende y lastima profundamente el gesto, la ignorancia, la incompetencia. El daño perpetrado contra el normalista, contra su familia, contra el pueblo mexicano es profundo; la deuda es histórica: verdad, justicia, memoria. Ésa es la deuda. ¿Cómo van a pagarla?

El Estado está obligado a suprimir las condiciones que alientan la práctica de la tortura –es decir, a prevenirla–, acabar con la impunidad y transformarse. La reparación debe ser ética y jurídica por medio de la reivindicación de la verdad de lo acontecido y el castigo a los responsables. En cuanto a lo material, los daños provocados, el proyecto de vida alterado –no sólo de Julio, sino de su esposa y su hija– debe ser cubierto a través de indemnizaciones o restituciones adecuadas, teniendo como base estándares internacionales.

También nosotros podemos reparar exigiendo justicia a cada paso que damos, afrontando el mensaje de terror que fue inscrito en el cuerpo de Julio, y seguir caminando. Con cada poema escrito, con cada acopio ofrendado con cariño, con la memoria que guardamos de lo acontecido, con la transmisión y recuento de la verdad. Por Julio César Mondragón Fontes y los 43 normalistas desaparecidos, ni perdón ni olvido.

